

V.

AGRIPA Y LA FUNDACION DEL IMPERIO.

No hay auxiliar mas poderoso y mas irresistible para el despotismo, que un hombre recto, enérgico, de grandes facultades, pero que carece de perspicacia política, y lo que es mas todavía, de esa perspicacia superior que dan los principios, y que por lo mismo, no comprende que es una vergüenza poner su inteligencia y todas sus facultades al servicio de la ambicion de un solo hombre.

Tal es, en efecto, uno de los instrumentos mas temibles y mas tremendos para el establecimiento del poder. Lo que han osado hacer los espíritus atrevidos y sin escrúpulos, el hombre honrado lo consagra; aquellos todo lo han derrocado, el hombre honrado establece algo en lugar de lo que han destruido; aquellos han introducido el desórden en el Estado, el hombre honrado viene y funda esa organizacion en aparien-

cia sábia, en apariencia fecunda, y que sin embargo no es mas sino la servidumbre bien arreglada y organizada para siempre.

Se hallan muchas veces en la historia hombres que han nacido para quedarse en segundo término, por culpa de su época, y que habrian podido brillar en primero en tiempos mas regulares. Agripa, de quien quiero hablaros hoy, Agripa, yerno de Augusto, y ántes compañero de su juventud, es uno de esos caracteres. Lo vereis por su vida así como por las imágenes que de él nos ha conservado la escultura. Es uno de esos temperamentos capaces de hacer los mayores esfuerzos en servicio del que los conduce; que despedazan los obstáculos sin investigar el objeto ni la causa; que cavan su surco, como el buey labrador, sin inquietarse de la cosecha que en él germinará. Parece que Virgilio escribió este verso para Agripa:

Sic vos non vobis fertis aratra, vobes.

Y en efecto, vereis en los bustos de Agripa, algo de la constancia, de la firmeza y de la resignacion un poco salvaje del buey de que habla Virgilio.

Agripa nació el año 691, algunos meses ántes que Augusto. Se llamaba Marco Vipsanio, y le dieron el sobrenombre de Agripa, sobrenombre que se aplicaba á una categoría de individuos. Así se designaba á los niños que venian al mundo con los piés por delante. El famoso Menenio Agripa, autor del apólogo de los miembros y del estómago, tenia ese sobrenombre por el mismo motivo. Pero nada habia de comun entre las dos familias. La familia Vipsania era oscura; la familia Menenia habia, por el contrario, adquirido ilustracion. La felicidad, ó mas bien la desgracia de Agripa, quiso que desde su infancia tuviese relaciones con la familia

Julia. Fué compañero de estudios y de juegos del jóven Octavio. Lo vemos por primera vez aparecer en la historia, cuando Octavio parte para España, á donde va á unirse á César. Agripa lo acompaña. Se envia á Octavio, al año siguiente, á Epiro, á Apolonia, donde habia una célebre escuela de retórica y filosofía; y lleva consigo á Marco Vipsanio Agripa. Estos dos jóvenes se entregan juntos al estudio y adquieren el amor del arte griego, que ha de dejar en el alma de Agripa una huella bastante duradera, como nos lo demostrará en su carrera subsiguiente.

De repente, el año 711 de la era romana, se supo en Apolonia el asesinato de César: entónces entre dos jóvenes de los que el mayor tenia 19 años y que estaban dedicados á los estudios mas encantadores, se tomó la resolucion terrible de ir á revindicar la herencia del dictador y á disputar el imperio del mundo. Octavio heredaba, Agripa ¡oh! no heredaba; pero convenceos, señores, que si Octavio se decidió á ir á Roma solo, sin tropas, sin defensa, y á presentarse para recoger la herencia de César, cuando Roma pertenecía á los asesinos de este, fué porque habia tras de él un consejo viril, que era el de Agripa. Agripa mas maduro, y ménos indeciso, fué el que decidió, con este fatal consejo, de los futuros destinos del mundo. Fué tambien el hombre de valor; fué el hombre de accion; él fué el primero que dió la señal del ataque, acusando á Casio, uno de los asesinos de César. Al acusar á Casio hace lo que se llamaba, bajo la república, sus pruebas de buenas humanidades. Al entrar en la vida política, era costumbre buscar á un ciudadano que se hubiera malversado, y acusarlo. Se daba así una prueba de valor, y si se era capaz de elocuencia, una prueba de elocuencia. Así fué como Agripa se estrenó. Pero á poco la

elocuencia cayó en desuso, se reunieron los ejércitos, llegaron los veteranos al rededor de Octavio, y la guerra civil empezó. En el sitio de Perusa, que fué sangriento, Agripa fué quien determinó el éxito. Su amigo Octavio lo nombró en el acto pretor. Y en esta ocasion vais á ver aparecer los dos lados dominantes del carácter de Agripa, el heroismo en la batalla y la abnegacion respecto de Octavio. Era mucho ser nombrado pretor á los 23 años. Pero habia complicaciones. Cada triunviro nombraba los suyos por su lado; cuando concluian entre sí algun tratado de paz, era preciso hacer sacrificios y reducir el número de los magistrados al fijado por las leyes. Inmediatamente Agripa se oscurece, renuncia la magistratura para no crear embarazos á su amigo, y vuelve á la vida privada. Nada perdió, pues despues de haberle enviado Octavio á las Galias, donde pacificó una provincia insurrecta, luego á los bordes del Rhin, que, despues de César, fué el primero que los atravesó para conducir ahí á una tribu de Galos, fué nombrado cónsul á la edad de 25 años; Octavio que, en esa época, necesitaba satisfacer á sus amigos, llegó á concederle el triunfo. Agripa, por abnegacion una vez mas, rehusó el triunfo, como habia renunciado el título de pretor, alegando que la causa de Octavio estaba demasiado comprometida para que fuera permitido aceptar el triunfo como al dia siguiente de una victoria que hubiese aumentado el poder de la república.

Cierto es que en aquella época, el año 717, los negocios de Octavio estaban en tan triste estado, que sin Agripa Octavio estaba perdido. Agripa habia ido á las Galias y á la Germania; Octavio, que se habia quedado solo en Roma, se habia visto poco á poco, retirado y restringido. El número de sus tropas habia disminuido; su flota habia sido arruinada

por una tempestad, y habia perdido su prestigio sobre el pueblo. El Oriente pertenecia á sus rivales; la mar, hasta los canales de Ostia, pertenecia á la flota de Sexto Pompéo. Octavio perdía valor, él, que si era capaz de grande audacia, no tenia la resolucion fria y tenaz que las circunstancias difíciles exigen. Enviaba á Agripa correo tras de correo para que volviese á toda prisa. Este, al llegar, encuentra casi perdidos los negocios de su amigo. Entónces se muestra tal cual es, un hombre de resolucion y de accion. Hace que Octavio lo nombre general en gefe de los ejércitos de mar y tierra. Reconoce que Ostia es un puerto demasiado pequeño, peligroso, accesible á las incursiones de las flotas enemigas; va á Baias, estudia el litoral, y nota que cerca de Baias dos lagos, el lago Arverno y el lago Lucrin, están separados del mar por una montaña; que con hombres bastantes y obrando con celeridad se puede perforar aquella montaña y comunicar aquellos lagos con el mar; que de este modo se tendrá un puerto admirable, al que será imposible sorprender, ni ir á quemar los arsenales, ni atacar las flotas.

En un año, el puerto y los arsenales quedan construidos; todos los preparativos necesarios para cargar los buques de armas y víveres quedan terminados. Al mismo tiempo, se ejercita á los soldados á combatir en las embarcaciones. Agripa está listo, y da en plena mar á Sexto Pompéo, dos batallas que son dos victorias, Mylae y Nauloco. No contento con haber triunfado de Sexto Pompéo en la mar, toma tierra en Mesina, y derrota sus tropas de tierra, así como habia derrotado sus flotas. Esto era la destruccion del partido del senado y de los que querian restituir la libertad, que no habian cedido sino ante el valor y los talentos militares de Agripa.

Apénas vuelve á Roma, y lo acoge el triunviro, que no esperaba semejante victoria, confiriéndole no solo la corona rostrata ordinaria, sino una corona de oro de particular belleza, cuyo recuerdo nos han conservado las medallas de aquel tiempo. Dentro de poco os hablaré de algunas que fueron acuñadas ántes y despues de la muerte de Agripa, que lo representan coronado con esta rara insignia de su victoria naval.

Acababa de llegar á Roma, cuando Octavio lo envió de nuevo á Ilyria, pues el papel de Agripa será el de ser casi el único general de Octavio y el hombre de todas las circunstancias difíciles. La Ilyria fué pacificada y parecia que la paz estaba restablecida en el mundo. La particion se habia hecho amigablemente: Antonio reinaba en Oriente y Octavio en Occidente. Hubo durante dos años, una era de diplomacia, de reconciliaciones hipócritas, de sordas injurias, de redes tendidas por una y otra parte. Todo esto constituia lo que se llamaba la paz. ¿Que podia hacer Agripa durante estos dos años de descanso? Os lo he dicho, señores, era preciso que fuese un instrumento en manos de Augusto, y un instrumento siempre en movimiento, á manera de esas máquinas que no han de pararse jamas so pena de enmohecerse. Durante esos dos años, quiso Octavio atraerse el corazon de los romanos. Comprendia que en ir á habérselas con Antonio en Oriente, habia un peligro terrible, que era dejar á Roma, tras sí, con un pueblo que no esperaba mas que el momento de romper sus cadenas. Octavio comunicó á su amigo sus temores, sus escrúpulos personales. No sé si halló en Agripa un buen consejo, ó si la idea nació de Octavio, hombre muy sutil, muy entendido, muy político, mal general en el campo de batalla, pero mas capaz que aquel de penetrar

el estado moral de un pueblo, tanto para conducirlo como para engañarlo. Comprendió que era tiempo de que los romanos, después de las desgracias de las guerras civiles, probaran los encantos de la buena vida de la gente media, de embellecer á Roma, de que fuese agradable habitarla, de dotarla de placeres de todas clases, de esos placeres que pueden corromper al pueblo, pero que le hacen la vida tan dulce, y lo enervan tan agradablemente, que no preferirá jamás exponerse á las revoluciones, de miedo de perder ese encanto de todos los días. Miró á su rededor para buscar agentes activos y laboriosos. Puso los ojos en los amigos y los cómplices que lo rodeaban, en los cortesanos que empezaban á nacer, y no halló al hombre que necesitaba. Tenia hombres capaces de construir un templo, teatros, bibliotecas, baños, y de ejercer una acción muy parcial en los placeres del pueblo, pero no capaces de un esfuerzo mas grande. Pensó en Mecénas; este se habia reservado el departamento de las letras y de los buenos festines; era un poco grueso, indolente, egoísta, y no el trabajador infatigable, audaz y paciente que necesitaba. Al fin fijó su elección en Agripa, el soldado salvaje, como decian los antiguos, *miles rusticus*, que parecia no tener gusto mas que por la guerra y por la sangre lealmente vertida en los campos de batalla, y convirtió en un cebo la pacificación que queria introducir en Roma; le propuso que fuese edil.

La edilidad era la magistratura mas baja de Roma; todo ciudadano que, bajo la república, queria recorrer la carrera de los honores, comenzaba por pedir este cargo al pueblo, que consistia..... simplemente en tener el derecho de arruinarse, para construir caminos, hermosos acueductos, templos, pórticos, para contribuir al bienestar de todos á espen-

sas de su propia fortuna, probando así que se tenia abnegación completa y que no se llevaba por mira el interés personal al dedicarse al servicio de la patria.

Agripa, gran personaje, cargado ya con todas las coronas militares, y que sobre todo habia sido cónsul, acepta ser nombrado edil por Augusto, á fin de coadyuvar á sus cálculos políticos, que él tal vez le habia inspirado. ¿Pero de dónde le viene el dinero que consagra á los inmensos trabajos que emprende? Pregunta es esta que no podemos contestar á tantos siglos de distancia, después de los disturbios de las guerras civiles. El botín recogido en los campos de batalla, el fruto de las proscripciones, las contribuciones impuestas debida é indebidamente, la fortuna personal sin duda de la mujer de Agripa, que era hija del rico Atico, y sobre todo las sumas dadas por el fisco imperial, fueron indudablemente las principales fuentes de donde aquel dinero salió. ¡El que ha confiscado la libertad y dispone de la vida de los ciudadanos, es igualmente dueño de su bolsa! Pero lo que es cierto, es que Agripa ha necesitado tener á su disposición recursos inmensos para inaugurar así en toda la extensión de la ciudad, un conjunto de trabajos que debian ocupar á la vez los brazos y los espíritus, derramar el dinero y el bienestar, acostumar á los romanos á placeres que les eran desconocidos, y hacerles amar de tal manera estos placeres, que temieran la llegada de un nuevo gobierno y el volver á una situación ya fuese mas digna y mas gloriosa.

Empezó Agripa por el lado ménos poético, pero el mas práctico: principió componiendo y desensolvando los desagües. Emprendió este trabajo como Hércules al limpiar las caballerizas de Augias, y se cuenta que cuando hubo termi-

nado esta obra, pudo pasearse en una barca bajo las cloacas de Roma, y llegar de este modo hasta el Tíber.

Creo que esta tradicion hace decir en el dia á los romanos, que se puede pasear en barca en la cloaca Máxima. Probablemente, es el recuerdo de este viaje subterráneo de Agripa, que ha pasado al estado de leyenda.

Una vez limpios los desagües, se trajeron las aguas puras. Habia antiguos acueductos excelentes, y os he dicho que los acueductos de Roma, de nueve, por lo ménos cinco habian sido construidos por los magistrados de la república. Agripa quiso añadir el sexto. Fué á buscar, á doce millas de la via Latina, un manantial que llamó la agua *Julia*, y que hizo venir de una manera bastante ingeniosa, pero sin embargo tomada de la república.

Ya os he dicho, señores, que habia un acueducto construido por *Marcio Rex*, que conducia la agua *Marcia*; otro manantial se llamaba la agua *Tépula*, y se habia construido para llevar sus aguas á Roma, un segundo acueducto exactamente encima del otro; se habian evitado los gastos y el tocar la via pública ó las propiedades particulares. Agripa siguió esta idea y construyó un tercer canal encima del segundo. El agua *Julia* fué la que pasó por este tercer conducto.

Aún hoy dia podeis juzgar de este trabajo. Al lado de la puerta *Mayor*, en la muralla de circunvalacion construida en tiempo de la decadencia, se ve un acueducto que nace ahí. Este acueducto es de toba, ¹ con el aspecto de las construcciones de la república, y se ven muy bien los tres grandes canales: el de l'Aqua Marcia, el de l'Aqua Tépu-la, y el de

¹ Piedra es, onjosa y de muy poco peso.

l'Aqua Julia, que pasaban uno sobre otro sin confundirse, gracias á la solidez de los materiales empleados.

Agripa, pues, se encontró en posesion de una cantidad inmensa de agua, y la empleó en el bienestar y para goce de los ciudadanos.

Los antiguos nos cuentan que en cada casa habia tomas de agua y depósitos abundantes; que en todas las plazas habia fuentes en profusion, que las habia en las calles, en las encrucijadas; que habia fuentes no solo para satisfacer las necesidades, sino tambien por lujo y porque eran agradables á la vista; que habia un gran número de fuentes brotantes y castillos de agua. Hasta se hizo el inventario de los trabajos de Agripa, y parece que despues de su edilidad, habia setecientas fuentes en Roma, de las que 150 eran brotantes, y 130 que formaban castillos de agua.

Para adornar esas fuentes, empleó 300 estatuas, 400 columnas de mármoles preciosos, y todo esto se hizo en ménos de tres años. Natural es preguntarse de qué brazos disponia Agripa, de donde sacaba el dinero necesario, y qué actividad, en fin, ha debido desplegar aquel soldado, que en una edilidad rápida, sirvió tan bien los deseos y las ambiciones de Octavio.

Satisfecho así el bienestar, llegó su turno á los placeres. Se proveyó con munificencia á los espectáculos tomados de las costumbres tanto griegas como etruscas, á los combates de gladiadores lo mismo que á las producciones del espíritu, á las representaciones sangrientas y prolongadas tanto como á los ejercicios de los histriones. En una palabra, todo lo que podia divertir y contener al pueblo, habia sido previsto por el rudo Agripa.

No es esto todo; fué el primero que introdujo en Roma un uso, que hasta entónces Roma habia despreciado: me refiero á los baños termales, cuya tradicion han conservado los turcos y los árabes, á los que iban los hombres á enervarse durante largas horas con una muy elevada temperatura, pasando por toda clase de manos, acabando por extenderse en camas de reposo, y quedando en seguida agradablemente debilitados, ociosos, disgustados de los negocios, desdñosos de los deberes y de las fatigas del ciudadano.

Los baños termales de Agripa fueron construidos detras del Panteon, ó mas bien, el Panteon que se concluyó algunos años despues, no es, en realidad, sino el frontispicio de los baños.

Ya veis, señores, que la actividad terrible de Agripa tuvo mucho en que ocuparse, y que introdujo goces populares en Roma que el populacho apenas conocia. Pero habia introducido, al mismo tiempo, ese sentimiento de satisfaccion y de quietud que débese condenar, porque en los momentos difíciles, cuando preciso es defenderse contra la ambicion y bañarse en el Tíber para endurecer sus miembros, cuando fuerza es que las almas se robustezcan para conservarse en el bien, se han perdido la fuerza y el valor. Todos los placeres proporcionados por Agripa no eran sino incentivos para fundar la tiranía, y esto era precisamente lo que Octavio habia comprendido. Habia dicho á sus partidarios: «Sacrificad vuestra fortuna, yo os la devolveré mas tarde; ¡todos á la obra!»

De todos sus amigos, Agripa fué el que mas hizo para conseguir ese sueño del pueblo romano. Pero el sueño en aquel tiempo, no duraba mucho. Al cabo de tres años, las alarmas volvieron á empezar, y Antonio, que se espantaba

de ver á Octavio tan bien establecido en Roma, le presentó el combate.

Agripa arroja entónces el manto pacífico del edil, y revisite la coraza del soldado. Es preciso que parta; pues, entendido bien, Octavio no cuenta mas que con él. Octavio no es general. Se ha querido que no fuese valiente; tenia valor personal, afrontó mas de una vez el puñal de los conspiradores; pero lo que no tenia, era sangre fria en el campo de batalla, la mirada que de un golpe lo abarca todo, el génio atrevido ó creador, y esa calma del pensamiento que sugiere los medios de alcanzar la victoria.

Observad, señores, que no hay una sola circunstancia difícil de su vida, el sitio de Perusa, las guerras de Galia y de Iliria, la guerra naval contra Sexto Pompéo, y ahora esta guerra formidable contra Antonio, en que no ponga á Agripa al frente, como general en jefe de sus tropas de mar y tierra. En cuanto á él, desaparece. En efecto, todos los historiadores, aun los que se han hecho panegiristas de Augusto, os dicen que la batalla de Accio fué ganada por Agripa. Algunos añaden, que durante la batalla, Augusto se quedó en su tienda, que habia tenido presagios fatídicos, sueños que predecian un desastre, y que fiel al espíritu supersticioso que han conservado los romanos, aun bajo el imperio, no quiso conducir los soldados al combate. Agripa fué quien los condujo y quien alcanzó la victoria.

Despues de la derrota de Antonio, Octavio concedió á Agripa una insignia de las mas raras. Habia mandado bordar para sí un estandarte color de mar; Agripa tenia derecho de hacerlo flotar delante de sí á donde quiera que iba, tanto en tierra como en el mar, en la puerta de su casa lo mismo

que en su buque. Este estandarte era, en cierta manera, el símbolo vivo de la batalla naval de Accio.

Después de esta victoria, pensando Octavio que Roma se agitaba, que había dejado ahí á Livia sola con Mecénas, y que éste no tenía la mano bastante enérgica para conservar sumisos á los veteranos, envió bien pronto á Agripa. Y Roma permaneció sometida durante un año entero á Agripa, á Livia y á Mecénas, un general, una muger astuta, y un simple caballero, los tres sin mas poder que su audacia y la cobardía de los romanos, lo que quiere decir que este poder era á la vez ilegal, violento é inmenso.

También es cierto, que cuando Octavio volvió á Roma, en 725, se puede decir que el imperio estaba fundado.

El historiador Dion Casio, que había comenzado su carrera en tiempo de Cómodo, y que fué senador bajo Séptimo-Severo, era muy afecto á la elocuencia; pero como hallaba pocas ocasiones de satisfacer este gusto bajo el imperio, aún en el senado, reducido á sancionarlo todo en silencio, ha consignado en su historia los trozos de elocuencia que componía. En su quincuagésimo-segundo libro ha colocado la célebre deliberación que inspiró á Corneille.

Desaparecidos todos sus enemigos, muertos todos los defensores de la libertad, Octavio, según Dion, reúne en secreto conciliábulo á sus dos amigos, Agripa y Mecénas, y les propone la pregunta que Augusto, en la tragedia de Corneille, propone á Cina y á Máximo: «¿Debo conservar el poder soberano? ¿debo restablecer la libertad?»

Dion Casio reproduce los dos pretendidos discursos de Agripa y de Mecénas. Agripa defiende la república; Mecénas

aboga por la causa del imperio, porque es de origen aristocrático. Recordais el verso de Horacio:

Mecenas atavis edite regibus,

según el cual desciende de los reyes etruscos. Una simple ojeada basta para advertirnos que esta narración no es exacta. Y no lo es, porque ningún historiador habla de ella, antes de Dion Casio, porque los discursos que cita Dion no tienen el carácter de aquella época, porque no tienen ninguna autenticidad, y aun más, ninguna verosimilitud. Tal cosa no es más que mala retórica. En ellos se encuentran alusiones contra los cristianos, y en ellos exhorta Mecénas á Augusto á que los persiga cuando ni siquiera existían, el año 28 antes de Jesucristo. Se reconocen el estilo y los sentimientos de un cortesano de Cómodo y de un senador de Séptimo-Severo.

Las declamaciones estaban entonces muy de moda. Por esto es que Juvenal exclama: «Yo también, cuando era joven, compuse hermosas declamaciones, en que aconsejaba á Sylva que durmiese en la vida privada.» Se prestaban las ideas propias á las grandes figuras históricas, como lo hacemos todavía en los bancos del colegio, donde hacemos hablar á Temístocles y á Pericles en términos que medianamente halagarían á estos ilustres oradores.

Pero, señores, apelo á vuestro buen sentido. Si Octavio hubiese tenido la idea que Dion le supone y que Corneille tomó de Dion, no la habría emitido á puerta cerrada, en un conciliábulo. Claro es que Octavio, que jamás tuvo sino un solo objeto, su grandeza personal y la ruina de la república, no podía pensar, después de haber derramado sangre durante catorce años para llegar á su fin, sino en representar una comedia, continuación de las lágrimas grotescas que ver-